

La viuda Hergueta

Todo empezó con la desaparición de cinco gatos: *Conde*, *Fígaro*, *Ariana*, *Catilina* y *Malory*. Se habían esfumado de la faz de la Tierra, por lo visto. Una de las gatitas, completamente blanca, *Ariana*, tenía heterocromía: un ojo de cada color, verde y azul, y aún era muy joven e inexperta. Además, estaba sorda. Pese a que corre la especie de que los gatos tienen siete vidas, la dueña de estos cinco no le daba mucho crédito a tamaña afirmación. Doña María Jesús Hergueta, una viuda de edad imprecisa y vivos ojos de tonos canela, hacía más de una semana que sentía una opresión en el pecho y una voz interior que le susurraba con acento rudo y cruel que algo malo les había ocurrido a sus mininos.

—Tienes que encontrar a esos pobres animalitos —le dijo doña Luisa a su hijo, y Marcos Drabina Flox, todo un señor juez de la Audiencia Nacional, titular del Juzgado número 1, la contempló con ojos resignados de felino cuarentón. Su madre pretendía seguir mangoneándolo como si fuese un niño de doce años—. O al menos averiguar qué ha pasado con ellos.

No eran gatos de raza. Habían sido adoptados

por doña María Jesús en la Protectora de Animales, salvados así de ser sacrificados. Cinco pequeños mamíferos carnívoros que eran la alegría de la viuda Hergueta.

—Los gatos llevan más de nueve mil años acompañando a los seres humanos —doña Luisa asintió gravemente, como dando a entender que ella se ocupaba cada minuto de llevar la cuenta—. Por supuesto, María Jesús está desolada. Mírala.

Marcos miró a la viuda, vecina y amiga de su madre. Pensó que daba la impresión de haber sido instruida siguiendo el *Tratado de la educación de las muchachas*, de Fenelón. Con ideas osadas para su época, y una encantadora influencia de la antigüedad griega en las maneras de vestir.

La viuda mantenía una mano sobre su agitado pecho, como tratando de sostenerlo en su sitio.

—Han sido esos rusos, serbios... ¡Lo que sean! —siseó la mujer con rabia apasionada—. No hay quien me lo quite de la cabeza. Han sido ellos. Estoy segura.

—¿Serbios? —Marcos arrugó el ceño, sin comprender.

Su madre meneó la cabeza.

—Viven dos calles más arriba. Y son vecinos de María Jesús. Tienen una valla común.

—¿Serbios de... Serbia?

—O de Rusia, o de Yugoslavia, ¡qué más da! —suspiró, llorosa, la viuda—. Quizás sean rusos *rusos*, de los de Rusia... No entiendo mucho de esto, la verdad.

—Bueno, fundamentalmente son rusos, aunque

ya sabes, querido, que todo es un poco confuso por allá arriba, en el bloque del Este. Le llaman *bloque*, como a los bloques de apartamentos. Todos esos países forman una especie de mecano, es verdad... Una construcción hecha trizas, ciertamente —aclaró doña Luisa. Se inclinó hacia su hijo con aires intrigantes—. Que ganen en Eurovisión cada vez con más frecuencia no quiere decir que para ellos todo sea coser y cantar. ¡Si mi pobre suegro, que era polaco y al que yo quería como un padre, levantara la cabeza!...

Marcos enarcó las cejas, lo hacía cada vez que oía a su madre expresarse así.

—¡Mis pobres gatitos! —lloriqueó la viuda, y el juez se sintió profundamente incómodo. Tenía asuntos más importantes en los que pensar que la desaparición de unos gatos—. Todos estaban esterilizados... —examinó la reacción de Marcos, con prudencia—. Dicen que eso les alarga la vida. No me preguntes por qué.

—Vaya. No tenía ni idea.

Probablemente, pensó el hombre, de esa manera los gatos tendrían una vida más larga, pero también más triste. «Es como eliminar el conflicto de una historia: lo que queda resulta tan insípido que no merece la pena ser contado», especuló distraídamente, mirando a la pared. El sexo siempre resultaba conflictivo. Se le ocurrió que, a lo mejor, los gatos de la viuda Hergueta, liberados de sus cadenas carnales, probablemente habrían muerto de aburrimiento en algún *cul de sac* de la urbanización.

Marcos calló sus pensamientos, prudentemente, y los guardó para sí mismo.

—Sí. No salían mucho de casa. Porque no salir mucho también les alarga la vida. Así no se pelean con nadie, y no atrapan enfermedades por ahí. Pero, claro, era inevitable que alguna que otra vez se colaran en el jardín de los rusos... —Doña María Jesús compuso un sutil puchero, digno de la reina de Inglaterra, que Marcos apenas advirtió; no quería derribarse y se notaba que la mujer realizaba verdaderos esfuerzos para lograrlo—. A esa gente no le hacía ninguna gracia que mis gatos saltaran a su jardín. Lo sé porque oía gritar de cuando en cuando a la madre del jefe, espantándolos con una escoba. En serbio, o yo qué sé. En ruso, quizás... A veces me parecía ruso, pero es que yo no tengo oído para los idiomas, apenas si distingo el español del francés. La señora gritaba cuando veía a los gatos. Maldiciones y todo eso, creo yo. Es una mujer poco... refinada. Yo diría, en realidad, que está como una regadera. En su descargo he de reconocer que tampoco me extraña, viniendo de donde supongo que viene. Esta urbanización está llena de gentes cuyas costumbres me son ajenas. La verdad, Luisa, no sé qué hago yo aquí. Ni qué haces tú. ¿Por qué seguimos viviendo en este sitio? La vida ha cambiado, y nosotras dos deberíamos buscar un lugar más apropiado para dos reliquias del siglo XX, un rincón donde no se noten tanto las novedades. Tú y yo, querida, somos de otra época. Dos trastos viejos que no pegan con la nueva decoración del mundo. Deberíamos emigrar a alguna tranquila capital de provincias donde vivir el tiempo que nos queda rodeadas de las cosas que reconocemos y que amamos.

—Deberíamos hacer justicia. —Doña Luisa asintió enérgicamente, como apoyándose a sí misma. Marcos pensó que a las dos mujeres se les empezaba a poner cara de juezas. Mucho más creíbles bajo una toga que la suya propia—. Cinco pobres gatitos desaparecidos... Tal vez apaleados y tirados por ahí. ¿Es que este país se ha vuelto loco, o qué?

Los tres estaban sentados en el salón de la casa que doña Luisa compartía con su hijo Marcos. Soltero a su edad —se acercaba peligrosamente a la cincuentena—, como no se cansaba de hacer notar la madre. Bueno, en realidad divorciado, pero de aquello hacía mucho tiempo. Él era joven entonces, ella no; el asunto ya estaba olvidado. Se encontraban en la urbanización Arroyo del Tranco, en la frontera de la provincia de Guadalajara con Madrid. Las paredes recibían la luz tamizada y espectral que la tarde de otoño filtraba obstinadamente a través de los visillos blancos, calados de filigranas. Un té verde y espeso —«como la sangre del señor Spock», pensó Marcos, divertido por un momento— se enfriaba en las tazas de porcelana de Sèvres, que doña Luisa había decidido lucir para su amiga y que aún conservaba impecables, de su dote.

Marcos tenía muchos asuntos de trabajo pendientes y se sentía culpable de abandonarlos para estar charlando de lo que se le antojaban pequeñas manías sin importancia de un par de señoras mayores a las que, sin duda, la edad volvía asustadizas y paranoicas.

Para rusos, los que se paseaban por una montaña de expedientes allá en su despacho de la Audiencia,

se dijo arrugando el ceño con una ligera irritación. Sintió que se le cortaba la respiración por un instante, al repasar superficialmente, y en silencio, toda la faena por hacer. Tuvo la impresión de que todo aquello que los rodeaba era verde, y que la espalda de la viuda no hacía nada por disimular que su destino era encorvarse cada día un poco más.

Pensó en que se hacía mayor, también él. Tuvo un momento de debilidad sentimental y se sorprendió al reparar en lo maravilloso que sería estar enamorado, tener a alguien de quien preocuparse íntimamente en momentos como aquél, de absoluto fastidio doméstico, alguien con quien compartir la dicha, y también el malestar.

A su pesar, le dio un sorbo a la macilenta bebida y rezongó de disgusto.

—Creo que me haré un café —dijo, e hizo ademán de levantarse.

—Entonces... —la viuda Hergueta lo contempló con ansiosos y arrugados ojitos suplicantes—, ¿crees que podrás investigar un poco? Siempre que tus obligaciones te lo permitan, que yo no quiero molestar...

—Veré lo que puedo hacer —murmuró Marcos—. Sí, no veo por qué no —sonrió forzadamente.

«Con la de cosas que tengo pendientes, por todos los cielos... —pensó mientras se ponía en pie—, estas dos me toman por un niño ocioso.»

Sin embargo, les siguió la corriente con una sonrisa. No quería disgustar a su madre, que tenía una salud más delicada de lo que ella misma suponía.

—Sí, bueno... Pero la vida está mal. La economía

y todo eso —la viuda Hergueta bajó los ojos, interesada repentinamente por una esquina de la alfombra manufacturada en la India—. Si encuentras a mis gatitos, te pagaré.

Doña Luisa meneó la cabeza, avergonzada.

—¿Pagar? ¡Pero qué estás diciendo, María Jesús! Eso son tonterías. Marcos no necesita tu dinero. Es un juez muy importante. ¿Te he dicho que ha salido un par de veces por televisión en los últimos dos meses? No hablaba, claro, pero se le veía perfectamente saliendo de la Audiencia. Ya sabes que tiene allí su despacho, en Madrid —aclaró con un gesto, en dirección a su amiga, bajando la voz—. Sacaré tiempo para resolver tu problema, o al menos para intentarlo, ¿verdad, hijo?

Marcos examinó, asombrado, a su madre. Pero ¿dónde vivía aquella mujer?, ¿en el Tercer Cielo donde san Pablo se entretuvo con su éxtasis, si había que creer a los corintios?...

—Haré todo lo que esté en mi mano —Marcos meneó la cabeza con desazón—. A pesar de que no estoy muy seguro de ser la persona más apropiada para este tipo de... investigación. Y de que ando un poco escaso de tiempo.

Doña Luisa, su madre, hizo un gesto adusto con la mano.

—Bah, ¿cómo no vas a tener tiempo para echar un vistazo por el barrio o para informarte sobre las actividades de esos rusos? ¡Precisamente tú, que diriges una investigación tan importante sobre las mafias!...

—Madre, no deberías hablar de...

—Seguro que no hay nadie en todo el país que tenga más posibilidades que tú de averiguar cosas sobre este tema, excepto ese amigo tuyo fiscal... ¿Molina se llama?, el que trabaja contigo. Ese calvito con cara de triste. Tú eres juez, hijo, ¡de la Audiencia Nacional!, a veces creo que no tienes ni idea del lugar que ocupas en el mundo. Ahí tienes a tus colegas de la Audiencia, que son famosos y se pasean por el mundo como personalidades influyentes, mientras que tú sigues creyendo que eres un simple funcionario. ¡Date un poco más de aires, como ellos!... Bastará con que hagas un par de llamadas a la policía y te enterarás de la vida y milagros de los vecinos de María Jesús. Todo el mundo respeta a los jueces. Y tú tienes muchos contactos. Y digo más, ¡pero si sacas tiempo para todas esas actividades que haces como escritor!, ¿cómo no vas a encontrar unos minutos para solucionar el problema de mi amiga?... María Jesús, ¿te he dicho que mi Marcos es escritor? Hace un año publicó un libro, basado en su tesis doctoral, y ahora lo llaman de todas partes para dar conferencias, charlas, lecturas...

Su hijo bajó la cabeza, ruborizado.

—Madre, publiqué un libro sobre la influencia del Derecho en la literatura del siglo XIX. No sé si eso me convierte en escritor, exactamente —aclaró el hombre, con un carraspeo.

—Bueno, qué más da —resolvió su madre, desestimando las quejas de Marcos—. Has publicado un libro, ¿no? Pues, entonces, eres escritor.

Marcos suspiró con resignación y no dijo nada. Desde hacía años, desde que su madre se quedó viu-

da, le daba la razón en todo. De ese modo tan sencillo había descubierto las delicias de la paz materno-filial.

Ciertamente, Marcos había ofrecido algunas conferencias a raíz de su libro. Pese a ser consciente de que lo solicitaban por el morbo que despertaba un juez de la Audiencia Nacional, más que por sus dotes ensayísticas, que él mismo reconocía nulas, no por ello dejaba de sentirse halagado cuando se encontraba ante un auditorio rebotante de un público entusiasmado que, cuando llegaba el turno de preguntas, jamás hacía referencia a su libro sino a su trabajo en la judicatura.

Por si fuera poco, las señoras de los clubes de lectura lo adoraban, dado que, además de un extraño atractivo físico del que él todavía no era consciente (a su edad), llevaba a rajatabla el principio de no meterse nunca en temas políticos. Se hacía el tonto, decía que sólo podía hablar, y no mucho, de la influencia del Derecho en la literatura decimonónica y luego sonreía con ese candor varonil que le otorgaba un singular e irresistible encanto mientras contemplaba a las damas desde la palestra del aula donde tuviese lugar su cháchara magramente remunerada. Las miraba una por una a los ojos igual que si se dispusiera a absolverlas de la acusación de algún crimen a la vez que se preguntaba si sería cierto, como afirmaban los antiguos, que la histeria se cura con humo de cabellos chamuscados.

Sí, a Marcos le gustaba su nueva faceta de conferenciante. Sin ir más lejos, dentro de poco tenía que dar una pequeña disertación en Madrid. Menos mal

que se sabía el tema al dedillo y no necesitaba prepararlo mucho.

—Que conste que no tengo nada en contra de los rusos. No tengo nada en contra de los inmigrantes, en general. Cristóbal Colón también fue un inmigrante y, a mi entender, le hizo un gran servicio a nuestro país —se justificó la viuda sin que nadie se lo pidiera—. No es eso. Pero... deberías verlos, a esos rusos, o serbios o lo que quiera que sean. ¡Ya los verás! Creo que regentan varios negocios, tienen naves en el polígono industrial del pueblo. Me he informado. —Doña María Jesús, con una mueca intrigante, continuó con lo suyo.

Marcos asintió, dócilmente.

—Vamos a ver qué puedo hacer... Por lo pronto, me serviré un café con vuestro permiso.

«Gatos —pensó, disgustado, mientras se encaminaba a la cocina—, por el amor de Dios: ¡gatos!, ¡viudas! ¡y rusos!, como si no tuviera ya bastante con la investigación sobre mafias que me ha tocado en la Audiencia. Y cuyo maldito sumario terminará siendo público antes de tiempo si no logro controlar la locuacidad de mi madre...»

Luego completó los pasos que lo separaban de la cocina y se sirvió una copa de whisky.

«A la porra con el té», se dijo, resignado.

Cada año, cerca de 70.000 mujeres y niñas son engañadas en sus países de origen para traerlas a Europa con el fin de explotarlas sexualmente. Este delito atrapa a unas 700.000 mujeres en todo el mundo anualmente, según un informe de la Oficina de la ONU contra la Droga y el Delito (UNODC). El mismo estudio indica que las mafias organizadas generan alrededor de 2.500 millones de euros al año con la explotación sexual (a la que someten al 84% de sus víctimas) y los trabajos forzados. El 8% de los actos de prostitución los llevan a cabo mujeres explotadas por las mafias, según dicho estudio.

Campaña «Corazón Azul». Las mafias sustraen de sus entornos a las mujeres y a las pequeñas para obligarlas, «con toda la violencia que sea necesaria», a ejercer la prostitución, que «no constituye el oficio más viejo del mundo, sino una de las formas de violencia más viejas del mundo», según la ministra de Igualdad, que presentó esta semana la campaña «Corazón Azul» contra la explotación sexual.

De las víctimas de explotación sexual que llegan a Europa, una tercera parte (32%) proviene de los Balcanes, el 19% llega desde la ex Unión Soviética, un 13% de Sudamérica, de Europa central un 7%, de

África el 5 y de Asia oriental un 3%. Según el estudio de UNODC, para trasladar a las víctimas se utiliza documentación falsa e, incluso, matrimonios ficticios. En general, la explotación sexual se lleva a cabo en lugares clandestinos, como residencias particulares y burdeles y, a menudo, en lugares públicos como salones de masajes o clubs de *striptease* que sirven de fachada para la explotación y la trata.

La mayoría de los traficantes son hombres, como los condenados por casi todos los demás delitos; sin embargo, el porcentaje de mujeres delincuentes es mayor en la trata de personas que en cualquier otro delito.

En los últimos años han aparecido en Europa, según UNODC, víctimas de nuevas nacionalidades. Aunque pequeña, la proporción de mujeres de China, Paraguay, Sierra Leona, Uzbekistán y Turkmenistán ha aumentado en los últimos años. Sobre todo se detectan cada vez más víctimas chinas en Europa.

La Organización de las Naciones Unidas (ONU) ha elaborado una campaña, denominada «Corazón Azul», para concienciar a la sociedad contra la trata de blancas. España ha sido el primer país europeo en adherirse y apoyar el proyecto.

La Razón

Polina

Polina había cumplido veintiséis años aunque todo el mundo creía que era más joven, que rondaba los veinte. Su pasaporte falso afirmaba que había nacido en diciembre de 1989, en Kazán, en lo que, en la actualidad, se denomina Federación Rusa. Por su aspecto, incluso se podría pensar que era de origen tártaro.

Quizás porque la vida no la había tratado tan mal en los últimos veinte meses aproximadamente, su cara había recuperado una suavidad perdida mucho tiempo antes. Ahora se podía atisbar a la niña, la adolescente que debió de haber sido y que sin embargo se perdió en algún lugar de su existencia, que desapareció de su piel como restos de un sueño después de lavarse la cara por la mañana.

La verdad era que Polina había nacido en 1983 como Olenka Rotaru en Corjova, municipio de Dubasari, en Moldavia (República de Moldova), aunque sus padres no tardaron en trasladarse a Chisinau buscando trabajo, oportunidades. Sus progenitores, como tantos moldavos, eran de origen rumano.

La vida nunca fue fácil en Moldavia, no al menos que Polina pudiera recordar. Su padre, Petru, murió

de cáncer cuando ella era una niña, y su madre y ella sobrevivieron unos años con ayuda de los vecinos, de alguna ONG y de un tío, medio hermano de su padre, que vivía en Rumania y de vez en cuando les hacía llegar un poco de dinero.

Cuando tenía quince años, Polina vio un aviso en *Makler*, un periódico de anuncios clasificados que la mayoría de los moldavos leía con auténtica desesperación; así fue como sintió nacer la esperanza con fuerza, con avidez, por primera y última vez en su vida. Al leerlo, notó cómo las palabras impresas en aquella página desbrozaban el seto asilvestrado que había crecido con el tiempo rodeando y oprimiendo su inexperto corazón.

Las oportunidades las señalaba *Makler*; aquel periódico era como una señal de tráfico en la carretera de los sueños. Moldavia era un prado oscuro que cualquiera en su sano juicio habría preferido dejar atrás buscando la luz a lo lejos, por muy lejos que fuera. La subsistencia en Chisinau era una larga carrera contra un vendaval de aires sucios, cargados de broza y desechos. *Makler* decía que había ocasiones por doquier, que el mundo era ancho, que sólo hacía falta saber mirar y andar hacia el objetivo con la embriagadora sensación de que no faltaba mucho para poder formar parte del mundo. La cercana Rumania parecía un paraíso comparada con Moldavia, ¡hasta logró entrar en la Unión Europea!, y ahora un pasaporte rumano equivalía a ser libre, a poder rebasar las fronteras de toda Europa, y de buena parte del planeta, sin miedo.

Años después de la historia que comenzó con

aquel anuncio, Polina, al igual que un millón de moldavos más, aún fantaseaba en alguna ocasión —pero muy débilmente, como si ya no tuviese fuerzas para soñar— con solicitar la nacionalidad rumana, que podía conseguirse con facilidad, dado que el gobierno rumano era generoso con los moldavos, a los que consideraba sus hijos, y entregaba los pasaportes sin muchas preguntas.

Pero Polina guardaba un pasaporte falso escondido entre sus pocas cosas de valor, un documento ruso *auténtico*; ni siquiera sabía si alguna vez podría recuperar su verdadera identidad, la de Olenka Rotaru, y mucho menos solicitar la nacionalidad rumana.

Tampoco pensaba mucho en ello; prefería no hacerlo. La vida le había enseñado que es mejor no pensar, y hacer.

Polina hablaba ruso, moldavo y rumano, y unas palabras en algún otro lenguaje. Turco, español. Si bien tampoco conversaba demasiado en ningún idioma. Sólo lo suficiente para hacerse entender con los problemas cotidianos. No le gustaba hablar. No le encontraba sentido a hacerlo. No creía que hablar fuese a solucionar nada. Además, desde hacía algunos años, en su cabeza nada era como antes. Su mente discurría a otro ritmo.

A ella no le importaba.

Pocas cosas le importaban ya, a decir verdad.

Sin embargo, entonces, cuando era una adolescente, casi una niña... Entonces las cosas, la vida, todavía contaban para Polina. Contaban mucho cuando tenía quince años y un mundo por conquistar.

El anuncio del *Mağler* aseguraba que estaba disponible un trabajo de niñera en la ciudad de Estambul, Turquía. Probablemente con una familia adinerada, pues el sueldo era de mil quinientos dólares al mes. La joven había oído que en aquella ciudad vivían personas importantes, empleados de grandes empresas. Extranjeros, no solamente turcos. Quizás norteamericanos, suecos, suizos. Gente desplazada por su compañía que necesitaba empleados para atender a sus ricas y acomodadas familias.

Polina era menor de edad, y por un instante sintió que la rabia se la comía. Quizás la rechazarían por eso. Aunque también podría falsificar sus documentos. Siempre se podría encontrar una solución, pensó con optimismo, levantando la cabeza hacia el cielo polvoriento que cubría la ciudad como una gigantesca tapadera.

Estaba tan nerviosa pensando que alguien podría quitarle el puesto, que a punto estuvo de caerse y romperse los dientes. Era invierno, y Polina corría como una loca por el parque central Stefan cel Mare —el parque Mare—; los árboles a su alrededor se le antojaban fantasmas gigantes que quisieran atraparla entre sus ramas e impedirle llegar a su destino. Apretaba contra su pecho el periódico, que había rescatado del suelo, aunque no era viejo, no se trataba de una marchita publicación atrasada. La fecha estaba bien clara: acababa de salir a la calle. No podía creerse que hubiese tenido la fortuna de ser ella la primera en encontrarlo. Ni siquiera había necesitado comprarlo. Si conseguía el trabajo, aquél podría llamarse el mejor día de suerte de toda su existencia.

Tendría que llamar por teléfono y preguntar por el trabajo. Preguntar, como si tal cosa, si había un límite de edad —por arriba, pero sobre todo por abajo— para solicitar la vacante. No tenía dinero para hacer la llamada, ni un solo *leu* en el bolsillo, pero lo pediría por las calles.

Estaba todavía en la escuela, su madre se empeñaba en que fuese al colegio, pese a que ella no le veía mucho sentido a seguir estudiando. ¿Para qué?, ¿adónde podría llegar con estudios que no pudiese llegar sin ellos? No había ningún futuro en Moldavia, de cualquier modo.

Ella deseaba trabajar, conseguir algún dinero.

Pronto, lo necesitaba pronto.

Sus brazos, largos y delgados, bajo la chaqueta rozada que no lograba protegerla del frío, se apretaron contra el periódico, rodeándolo con una ternura de joven amante. Tenía la frente ancha, y el pelo negro y lacio le caía sin gracia en un lado de la cara. Sus ojos azules carecían de la viveza que se le supondría a una adolescente. La nariz, ancha y respingona, comenzaba a helársele.

Mendigó durante horas a lo largo de la calle 31 de agosto de 1989. Pedía dinero en moldavo, en rumano y en ruso.

Presentía que se había vuelto un poco loca pero estaba tan excitada que apenas podía pararse a reflexionar sobre lo que estaba haciendo.

—*Da-mi niște bani pentru a mânca!* —le gritaba al primero que pasaba—, *дать мне денег, чтобы поесть!*...

«Dame dinero para comer»; sus ojos azules como

pequeños redondeles de agua helada se arrugaban con la urgencia de su ruego. Tiraba de la manga de los peatones, que ni siquiera la miraban. Hubiese deseado poder meter la mano en sus bolsillos y sacar las monedas que precisaba. Tampoco eran tantas. Sólo necesitaba hacer una llamada. No iban a ser más pobres por un *leu* más o menos.

«Malditos bastardos egoístas», pensaba mirando furiosamente a todo el que pasaba y la ignoraba.

Cuando estaba a punto de darse por vencida, su esfuerzo obtuvo recompensa. Un extranjero, un hombre de unos cuarenta años de mirada asombrada y tan abierta que era como si le hubiesen pegado los párpados a las cuencas de los ojos, le dio un puñado de monedas, finalmente. Muchas más de las que ella tenía previsto gastar en teléfono. Obsequió al hombre con su mejor sonrisa, pero el tipo pareció asustarse de repente y echó a andar con paso rápido, sin mirar atrás, como si tuviese mucha prisa por llegar a alguna parte y acabara de recordarlo.

Una vez que tuvo el dinero en sus manos, lo guardó con mimo en el bolsillo de su chaquetón y se permitió respirar un poco más despacio, dejando que el aire llegara hasta el fondo de sus pulmones y los confortara con algo de oxígeno. Tenía la sensación de que llevaba horas sin respirar correctamente; sospechó que, sin darse cuenta, había estado a punto de ahogarse.

La mujer que la atendió por teléfono cuando ella llamó, desde una cabina cercana a un Andy's Pizza, al número que indicaba el anuncio del periódico, fue encantadora, amable de verdad. Se llamaba Liliana

y, cuando Polina —claro que entonces usaba su verdadero nombre: Olenka— le preguntó si era posible para una menor de edad conseguir el puesto de niñera, la señora se mostró comprensiva y simpática.

—Por supuesto. En teoría necesitaríamos también una autorización de tus padres, pero podemos arreglarlo sin molestarlos demasiado, siempre que tú estés de acuerdo, siempre que estés convencida de verdad de que quieres dar este gran paso hacia un futuro mejor —respondió con aquella voz agradable y profunda de matrona que produjo un efecto balsámico en el ánimo de Polina—. Para ser niñera no se necesitan grandes estudios ni experiencia. Basta con que te gusten los niños. Te gustan los niños, ¿verdad?

Polina ni siquiera se fijaba en los niños, si no eran de su edad y, al ser hija única, no poseía la más mínima práctica con posibles hermanos, al contrario que su amiga Svetlana, que tenía cuatro más pequeños que ella y siempre debía estar vigilándolos porque su madre nunca andaba por casa y su padre había desaparecido después del nacimiento del último de sus vástagos.

—¡Me encantan los niños! —mintió, y luego soltó una risa cantarina, alegre, casi histérica.

—Ven a vernos mañana por la mañana —le indicó la mujer con su cautivadora entonación que transmitía seguridad, cobijo, posibilidades, grandes expectativas—. Aunque, al ser menor de edad, tu sueldo debería ser un poco más bajo. Algo menos del que habíamos anunciado.

—¿Cuánto menos? —Un eco de infantil desilusión en la voz—. ¿Cuánto menos?...

—Rondaría los mil dólares al mes.

«¡Mil dólares!» El corazón de Polina, que se había parado durante un segundo, volvió a ponerse en marcha con la fuerza del de un cachorro de tigre.

Tomó nota de la dirección en una esquina del periódico con un lápiz mordisqueado del colegio, y se despidió hasta el día siguiente dándole a la mujer las gracias una docena de veces.

Aquella noche no pudo pegar ojo.

Por fin, el futuro había llamado a su puerta.

Se iba a comer el mundo bocado a bocado.